

La gente común y el retrato fotográfico

Alejandra Mora Velasco*

Toda imagen encarna un modo de ver, incluso una fotografía, pues las fotografías no son, como se supone a menudo, un registro mecánico. Cada vez que miramos una fotografía somos conscientes, aunque sólo sea débilmente, de que el fotógrafo escogió esa vista entre una infinidad.

Esto es cierto incluso para la más despreocupada instantánea familiar.

John Berger, *Modos de ver*

Mujer y muchacho.
Composición ampliada
y retocada, ca. 1950,
Col. Archivo
Eligio Zárate López

Retener la vida Ante el natural temor a la implacable muerte, la humanidad de todos los tiempos, poderosos, humildes, privilegiados, marginados, celebridades y gente común, ha mostrado un obsesivo impulso por perpetuarse. Grandes cantidades de tiempo y esfuerzo se han invertido en cumplir dicho deseo. Recordemos tantas y tantas leyendas y literatura fantásticas de diferentes épocas que hablan sobre experimentos mágicos y científicos que buscan la juventud y vida eternas a través de elixires, alquimias y artefactos, como la fascinante *Invencción de Morel* (Adolfo Bioy Casares, 1940), un mecanismo que grababa y reproducía constantemente el alma, la imagen, el sonido y el tacto de las personas captadas, más cuyo precio irónicamente era la propia vida.

En los siglos XIX y XX algunas de esas fantasías se materializaron a través de la invención de las asombrosas máquinas que aprehendían imágenes y que captaban y reproducían sonidos e imágenes en movimiento. Esta añeja búsqueda sigue vigente en el presente; un ejemplo son las nuevas tecnologías que hacen posible la reproducción de imágenes en tercera dimensión con una alta sensación de realidad. ¿Hasta dónde llegaremos?, ¿cuáles serán los inventos del siglo XXI para asir presencias o anular au-



sencias?, ¿se desarrollará algún día el dispositivo que retenga por completo el cuerpo y el alma, y garantice la vida eterna...?

El efímero retrato de familia La historia de los artificios atrapa-ánimas es realmente vieja; inició prácticamente con el hombre primitivo que en el arte encontró una manera de apropiarse de la naturaleza y actuar sobre ella. En la antigüedad, descubrió en el dibujo, la pintura y la escultura poderosos instrumentos para “dar vida” a un modelo. Aparecieron los primeros retratos y desde entonces estos se han realizado prácticamente de forma ininterrumpida hasta nuestros días, utilizando las tecnologías, técnicas y estilos propios de cada contexto histórico, con diferentes significados y usos públicos, privados e íntimos de acuerdo a su tiempo.

Los primeros retratos fueron de gobernantes que aprovecharon su efectividad para divinizar su figura, legitimar su poder y dar continuidad a sus dinastías de manera pública. Eran suntuosos, rígidos, de producción única o muy limitada. No mostraban la fisonomía o psicología del retratado: su intención era más bien infundir el respeto de un pueblo y el temor de sus enemigos. Así encontramos cuerpos enteros, bustos y rostros en monedas, monumentos funerarios y esculturas en las antiguas civilizaciones como Egipto y Mesopotamia.

La civilización griega fundó un estilo de retrato que buscaba acercarse a la fisonomía de los hombres destacados representados e incluso de los dioses, que en mármoles esculpidos tomaban una forma humana. Estos tipos de retratos, únicos y gloriosos, son los que se conservan en los museos; son ejemplares estudiados por la academia, a los cuales se les han otorgado los más altos valores culturales y de mercado; han sido mistificados en los imaginarios colectivos de las sociedades, y aún hoy son iconos utilizados por los Estados con muy variados discursos.

En la Roma republicana, en un momento de formación de una sociedad patriarcal, que promovía el culto a los antepasados y el valor de los individuos, surgió un estilo de retrato pictórico, herencia del naturalismo griego, que buscaba penetrar en la personalidad de retratado y así capturar instantes de la vida misma (como después lo hizo la fotografía). El retrato se volvió una costumbre vital como aval de linajes y garantía de su continuidad. Así lo reporta Plinio el Viejo en su *Historia Natural* (ca. 79 d.C.):

Otro era el tipo de cosas que había en los atrios de las casas de nuestros mayores, con el solo objeto de ser contempladas: no había estatuas de artistas extranjeros, ni bronces, ni mármoles; se guardaban en hornacinas individuales máscaras de cera, cuya función era servir de retrato en las ceremonias fúnebres de las familias y siempre, cuando alguien moría, estaban presentes todos los miembros de la familia que habían existido alguna vez. Las ramas del árbol genealógico discurrían por todas sus líneas hasta los retratos pintados. Los archivos familiares se llenaban de registros y menciones de los hechos llevados a cabo durante una magistratura. Fuera y en torno a los umbrales, había otros retratos de almas ilustres que se fijaban junto con los despojos tomados al enemigo y que ni siquiera un nuevo comprador de la mansión podía descolgar; triunfaban eternas como recuerdos de la casa incluso si ésta cambiaba de dueño.

El arte pictórico civil se expandió por todos los dominios del vasto imperio romano. Aparecen así figuras de patricios, ciudadanos y campesinos representados tal cual





*Basquetbolistas
de Telixtlahuaca,
Etlá, Oaxaca, ca. 1950
Col. Archivo
Eligio Zárate López*

eran; su apreciación iba en función del valor artístico de la “verdad”, o la sensación de vida que lograba proporcionar ante la cual el espectador sucumbe y se siente identificado.

Estas no eran obras firmadas por artistas reconocidos, no se manufacturaban con finos y costosos materiales, no eran colocados en suntuosos marcos, caducaban con facilidad. Estos son objetos que no han sido tomados en cuenta en las historias oficiales, y que las familias no siempre tienen la posibilidad, el deseo o el conocimiento para hacerlas perdurar. Al ser extraídos de su contexto original, se vuelven simpáticas curiosidades, artículos de bazar que pierden su identidad y tienden a desaparecer. Hasta que algún espontáneo curioso las rescata sólo porque sí.

En contraste, la afortunada tendencia actual de abordar la historia desde la vida privada y las mentalidades, desde los individuos, las localidades y las expresiones populares, permitirá justificar y promover la permanencia de los retratos de gente común y corriente, antigua y actual, y sus narrativas.

Dos casos diferentes pero iguales Al revisar la evolución del retrato encontramos dos casos de tradiciones retratísticas de gente común, que claramente presentan conexiones entre sí por su forma y significado, pero que se encuentran totalmente apartadas en el tiempo y el espacio. Por un lado está la de los egipcios romanizados conversos al cristianismo, en los primeros siglos de nuestra era, y por otro la de las fotografías coloreadas que proliferaron en Europa y Estados Unidos, y que se arraigaron profundamente a mediados del siglo XX en un México en proceso de modernización.

Las momias del Fayum Durante la ocupación romana, alrededor del siglo I d.C., la sociedad provinciana que ocupaba el Valle del Fayum (situada al sur de El Cairo en Egipto) manifestaba su prosperidad a través del retrato que producía un gremio de retratistas que recorría diferentes ciudades y pueblos. Los retratos más vívidos se hacían en vida de la persona, elaborados en cera sobre telas y talas, que al morir se colocaban sobre sus cuerpos embalsamados a la usanza egipcia. Su notable manufactura y el clima seco de la región permitieron la conservación de algunos ejemplares hasta nuestros días. Es realmente extraordinario observar en los bustos y rostros de estos hombres, mujeres, jóvenes, ancianos y niños, que posan y parece que nos miran de frente y que muestran sus atuendos, peinados y joyas de la época. Las figuras no se ubican en ningún contexto, se encuentran rodeadas de un “aire” que nos da la sensación de eternidad. La atención se centra en la expresión del rostro y en lo más extraordinario, en la profundidad y luz de su mirada. Son tan vívidos, que parece que estos personajes fueran a hablar en cualquier momento.

Fotografías coloreadas La cultura y valores estéticos grecorromanos se expandieron por toda Europa y Oriente durante los siglos subsecuentes al imperio. La pintura fue por siglos el vehículo principal del retrato en el ámbito religioso, político y civil. El establecimiento de las academias de arte provocó la diversificación de los artistas, que cubrían una mayor demanda en ámbitos diversos, campiranos y ciudadanos, sin embargo seguía siendo un artículo de lujo que requería una buena inversión de tiempo en su elaboración.

La modernidad trajo en el siglo XIX la fotografía y con ella la producción mecánica del retrato a un tiempo y costo menor que la pintura, con el valor agregado (se creía entonces) de captar fielmente la realidad.¹

La fotografía, que empezó como experimento y divertimento de aristócratas y clases privilegiadas, en el siglo XX se convirtió en arte, medio de comunicación y en un gran negocio. El retrato pintado surgió prácticamente al mismo tiempo que la fotografía misma por cuestiones técnicas, ya que se corregían las tomas borrosas, se corregían defectos y se le añadía color, lo que las hacía parecer aún más realistas. Tuvo un gran éxito y la práctica se expandió mundialmente en todo tipo de contextos. No se sabe cómo llegó a México pero el hecho es que se estableció y floreció como en ningún otro lugar la denominada industria de las ampliaciones en tela (más coloquialmente llamados lienzos o monos).² Se realizaban en las ciudades grandes, principalmente en la de México, por gremios que dividían y especializaban el trabajo, y se promocionaban a través de una red de vendedores que iban de casa en casa, recorriendo ciudades y pueblos en todos los rincones de nuestro país.



Familia.
Composición amplificada,
ca. 1950
Col. Archivo
Eligio Zárate López



En una época progresista y en proceso de urbanización, el retrato pintado confería una dignidad a la gran cantidad de campesinos que se convertían en trabajadores asalariados, pues su fotografía mostraba su buena posición económica y social.

Mediante el retoque se lograba un extraordinario parecido y sensación de vida, además de mejoras en el aspecto del retratado. Y con el recurso del fotomontaje se unieron parejas de esposos, normalmente cabezas de familia, que nunca posaron juntos. Estos lienzos eran colgados en la parte más visible y privilegiada de la casa, desde donde parece que vigilan y protegen a su prole. Al igual que los retratos de las momias del Fayum, aquí el rostro domina el espacio vacío, como nebuloso, para dirigir la atención a la mirada, provocando la nostalgia en el espectador, que imagina las historias de estas personas muertas.

La amplificación en tela retocada tuvo su época dorada entre los años 1940 y 1960, y decayó en esa última década, cuando la gente pudo hacerse de sus propias cámaras de instantáneas.

Dos historias locales se vuelven universales La asombrosa similitud de los casos vistos nos hace pensar, ¿la fotografía retocada será una herencia de la antigüedad ininterrumpida hasta el presente?, o al contrario, ¿será que dos fenómenos locales, aislados y espontáneos, se vuelvan universales por la misma naturaleza humana? Sea cual fuere su origen, la comparación de ambos casos ayuda a confirmar la idea de que el retrato responde al mismo ánimo de resistir a la muerte con el que comienza el presente escrito.

Es notable la coincidencia en las condiciones socioeconómicas y culturales que provocaron la producción de un tipo de imágenes tan parecidas: regiones prósperas mitad rurales, mitad urbanas, un arraigado culto a la muerte, una industria del retrato con artistas itinerantes, y los clientes como co-creadores de la imagen al solicitar al artista cómo querían ser immortalizados en sus retratos.

A pesar de su distancia (más o menos dos mil años, más de diez mil kilómetros), las diferencias en la moda y en la técnica de manufactura, las actitudes de ambas sociedades parecen ser las mismas.

PÁGINA SIGUIENTE
Campesinos de San Felipe,
Oaxaca, 1940
Col. Archivo
Eligio Zárate López

¿Y ahora? El fenómeno del retrato no se ha detenido y al parecer no tiene límites. Actualmente estamos viviendo un momento de transición similar al del surgimiento de la amplificación, provocado por las condiciones socioeconómicas y la introducción de nuevas tecnologías. Lo que antes fue un cambio entre lo manual (la pintura) y lo mecánico (la fotografía), hoy es en cuanto a la transición de la fotografía manual a la digital. Hacerse un retrato cada día es más barato e inmediato, lo encontramos prácticamente en todos los sectores y ámbitos, al grado de que parece ser que el mundo contemporáneo se ordena a partir de imágenes. Se experimenta en la actualidad una sensación de no existir o no ser alguien si no capturamos los acontecimientos de nuestra vida. Tal inundación de la fotografía en la vida cotidiana, paradójicamente provoca su fugacidad y carácter efímero. Su antigua aura sagrada se pierde y tal volumen de imágenes que producimos tienden a convertirse en desecho. Suena abrumador, pero en realidad se trata de un síntoma de esta época que algún día se





Paola Dávila
Serie de retratos coloreados
al crayón de autores no
identificados, 2012
Col. Felipe Neria

leer e interpretará con la misma curiosidad e intriga con la que aquí se examinan los antiguos retratos del Fayum y el retrato fotográfico coloreado del siglo XX.

...Colgadas de la pared, sobre la chimenea que nunca se encendía, estaban, en marcos distintos, unas fotografías enormes coloreadas a mano de mi abuela y de mi abuelo, fallecido en 1934. Cualquiera que entrara en el salón-museo podría entender que la historia comenzaba por mis abuelos, tanto por el lugar que ocupaban las fotografías como por el hecho de que ellos, a pesar de estar mirando a la cámara, estuvieran vueltos el uno hacia el otro en una postura que a veces veo en los sellos de algunos países europeos.

Orhan Pamuk, *Estambul, ciudad y recuerdos*.

*Historiadora de arte, curadora e investigadora independiente.

1 Hoy sabemos que la fotografía es subjetiva. Ver cita de John Berger al inicio de este texto.

2 Alejandra Mora Velasco, *Vendedor de ilusiones, Eligio Zárate: fotografía y modernidad en el Valle de Etla, Oaxaca, 1940-1960*, México, SINAFO-INAH, (Testimonios del Archivo), 2010.